



Víctor

Amela Yo pude salvar  
a Lorca



DESTINO

Yo pude  
salvar  
a Lorca

Víctor  
Amela

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1450

© Víctor M- Amela, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S.A.U, 2018  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

De los textos citados en el interior: © herederos de Antonio Machado;  
© herederos de Luis Rosales; © Leonard Cohen. La editorial hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del *copyright* de los textos citados en esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5462-7  
Depósito legal: B. 24.210-2018  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## El cortijo Los Puertas

*La Alpujarra, agosto de 1936*

Un hombre se esconde bajo excrementos de gallina.

Así empieza esta novela.

El hombre oculto bajo excrementos de gallina se llama Manuel Bonilla y será un día mi abuelo.

Con un pañuelo en la mano ahuecada, protege nariz y boca del cosquilleo acre de la gallinaza, que le cubre como el manto de la Virgen del Martirio de la Alpujarra. Le va la vida en respirar muy despacio, sin moverse.

—¿Dónde está tu papá, bonita?

El tipo que pregunta lleva escopeta de caza en bandolera, pendida de una desgastada correa de cuero. Le acompañan otros dos hombres, brazos en jarras en la entrada del cortijo Los Puertas.

—No lo sé —responde la niña.

La niña tiene dos años. Se llama Anita y será un día mi madre.

La niña mira hacia arriba, mira al hombre de la escopeta. El hombre y la niña están entre el corral de gallinas —el suelo cubierto de excrementos— y la

vivienda de techo plano, encalada, encastada en el terreno en declive, con una chumbera junto a la entrada. El de la escopeta, que lleva un pañuelo rojo al cuello, hinca una rodilla en tierra y pregunta a Anita:

—¿Dónde está tu papá, mi niña?

—No lo sé.

La niña Anita mira de reojo a su madre, en la puerta de la casa. Del dintel cuelga la jarapa alpujarreña que aísla el umbrío interior de las inclemencias del campo. Otro hombre habla con la madre, persuasivo:

—Señora María, ¿dónde está su marido? Sólo queremos hablar con él, ¡nada más!

—¡Ya querría yo saber dónde está! Nos ha dejado solos, a mí y a mis cuatro hijos, con una recién nacida...

La señora María, que será un día mi abuela, aparta la jarapa, se agacha sobre una caja de madera de almendro, alza a un bebé de apenas un año, su hija Mari. La acuna y se lamenta:

—¡Sola estoy! ¡Con cuatro niños! ¡Mal hombre!

Bajo la gallinaza, Manuel Bonilla oye la voz de su mujer, la que habla poco y nunca se queja. Su mujer calla mejor que la tierra misma de la Alpujarra. Han compartido el calor del lecho en esta noche que quizá sea la última. Si lo encuentran, lo llevarán al calabozo de Torvizcón, o lo torturarán en un barranco, o lo colgarán de un olivo. Si es así, Dios protegerá a su familia. Es por Dios que ha entrado en esta guerra.

Ha sido su hijo mayor, Antonio, de siete años, el que ha avisado de que se acercaban tres hombres con escopetas. Antonio, que un día será mi tío, saca el

rebaño de cabras a cada alborada, las pastorea por las inclinadas laderas de salviares, retamales y jarales. Desde un cerro, parapetado entre romerales y retamas, ha visto a los hombres:

—¡Vienen! —ha jadeado, dejando atrás el rebaño.

Manuel Bonilla ha podido ocultarse gracias a que el niño, un día más, ha desobedecido a su madre, que cada mañana le repite: «¡No subas a las cabras al cerro, allí la hierba es mala!». No es mala. Es que la madre no quiere que el niño vea a ciertos hombres de la carretera. Pero el niño los espía, los ve cavar a pico y pala en el espinazo de la sierra Contraviesa. Sus figuras se recortan en ese firmamento alto de la Alpujarra que todo lo empequeñece. Roturan una calzada entre Torvizcón y Alcázar, a golpes que levantan polvo extenuado y piedras agónicas.

—¡Son presos! —ha dicho Alfonsico.

Alfonsico, pastorcillo también de un rebaño, algo mayor que Antonio, es el chaval del cortijo de la Parral del Moro.

—Los tienen presos en el cortijo del Olivar. Mira cómo los vigilan los que llevan escopetas.

Antonio reconoce en los de las escopetas a vecinos de Torvizcón, pueblo a una hora de camino en mulo. Ha ido allí con su padre a veces para visitar a un pariente o comprar un azadón. El niño sabe que entre esos presos castigados a pico y pala por las autoridades republicanas podría acabar su padre, y por eso ha dejado atrás el rebaño de cabras y ha corrido hasta el cortijo:

—¡Vienen! ¡Vienen!

Manuel Bonilla ha abierto un hueco en las capas de gallinaza del suelo del corral. Su mujer le ha ayudado. Los dos tienen las manos curtidas por una vida de trabajo en el campo desde niños. Manuel Bonilla no ha conocido otro trabajo que el arado y la azada desde que nació en otro cortijo, La Rata, cerca de Cádiz. Ha trabajado junto a su padre sus campos en pendiente, entre olivos y surcos, pegado siempre al arado. Hasta el día de su boda, siete años atrás, en la iglesia de Torvizcón, el 21 de diciembre del año 1929. Era el mismo año y quizá el mismo día en que un poeta de Granada, un poeta amante y cantor de la Alpujarra, con el corazón sangrante de gitanos, veía en el cielo de la ciudad de Nueva York alzarse cuatro columnas de cieno.

## 2

### «Yo pude salvar a Lorca»

*Barrio de la Trinidad Nueva, Barcelona, 1970*

Manuel Bonilla y María Estévez, mis abuelos maternos, vivían en la calle Aiguablava, más descampado que calle en el barrio de la Trinidad Nueva, en el extrarradio de Barcelona. Aquel barrio era, a fines de los años sesenta, un arrabal con vistas a un monte en cuya cima se alzaba el castillo en ruinas de Torregaró, un barrio de calles de tierra anaranjada y apisonada por neumáticos de ocasionales automóviles. Baches y oquedades albergaban charquitos de agua irisada por el aceite de motor vaciado por algún camionero avecindado.

Allí iba con mis padres a visitar a «los abuelitos», como les llamábamos en casa.

A los pisos se accedía por una escalera exterior y un largo pasillo abalconado al aire libre, al que daban las puertas de las viviendas. Todos los vecinos habían llegado desde el sur de España, durante los años cincuenta. El edificio era humildísimo y hasta el aire pedía perdón. Esa humildad se certificó mediados los años noventa, cuando se supo que los



pisos eran aluminósicos. Mis abuelos acababan de morir.

A la desaparición de mis abuelos, él en 1990 y ella en 1991, siguió la desaparición del minúsculo piso en que vivieron desde que llegaron de Granada en el año 1953. Durante casi cuarenta años no supieron que estaban viviendo en una ratonera de efecto retardado, obra de un constructor tramposo con los materiales.

Los pisos fueron demolidos y lo entendí como metáfora de la biografía de mi abuelo, que había ganado una guerra y que acababa en demolición y olvidado. A menos que esa vida fuese contada, y por eso estoy escribiendo esta novela.



—Ahora silencio, vamos a ver el parte.

Que mi abuelo había hecho una guerra y que los suyos la habían ganado lo supe a los ocho o nueve años, en la segunda mitad de los años sesenta, por esta frase:

—Ahora silencio, vamos a ver el parte.

Mis padres me dejaban con mis abuelos en su insospechado pisito aluminósico algunos fines de semana. Allí las horas transcurrían muy lentas. Yo leía. Tenía nueve, diez, once años. Leía. Tebeos, muchos tebeos. Revistas, montañas de revistas. En un silloncito instalado en la esquina de una escueta galería acristalada, leía. Era una forma completísima de felicidad, sin esperar ni temer nada. El piso era tan menudo que mi rincón era un aleph: veía el mi-

núsculo comedor, la insignificante cocina, el acceso a la entrada, la embocadura del pasillo de los mínimos dormitorios, todo. Y leía.

Mis abuelos no me decían ni mú. El paraíso. A la hora de comer, nos sentábamos ante el mantel de hule de la mesa del comedor. En el centro, un lebrillo con agua fresca aliñada con vinagre y aceite, donde flotaban trozos de pepino: «gazpacho», llamaban a esa agua fresca, y lo tomábamos a cucharadas entre bocado y bocado del plato de migas cocinadas por mi abuela María. Un plato para mí exótico: ¡migas! «Lo que hemos comido siempre los pastores en Andalucía», me dijo un día mi abuelo.

¡Andalucía! Yo nunca había estado allí. Andalucía era un abuelo que saca una navaja del bolsillo —jamás usó cuchillos de cubertería—, una navaja de cachas de madera, pequeña, con la que corta trozos de queso como si estuviese sentado en una piedra en el campo. Y decía:

—Ahora silencio, vamos a ver el parte.

Pregunté más tarde a mis padres por qué el abuelito llamaba «el parte» a las noticias de la tele, y me lo aclararon:

—En la guerra, las noticias son «el parte», y el abuelito estuvo en la guerra.

Así lo supe. ¡Una guerra! Aquel hombre que era mi abuelo había luchado en una guerra. Mis padres nunca me habían hablado antes de ninguna guerra. Un día mi abuelo entró en su cuarto y salió con una funda de cuero de la que extrajo un objeto negro, metálico: una pistola. Quedó sobre la mesa. Con el característico ceceo de su adusto andaluz oriental, dijo:

—No se toca, cuidado.

Superada la prueba de mirar sin tocar, me concedió sostenerla. Pesada, densa como un agujero negro, necesité ambas manos. No osé empuñarla como en las películas. Una pistola de verdad. Las del cine eran de pacotilla, ahora ya lo sabía.

Mi abuelo me mostró el cargador, el peine con seis o siete balas encajadas. Balas bruñidas, de metálico resplandor entre dorado y cobrizo. Las cargó por la base de la culata —¡chac!—, me explicó que lo importante era que estuviese siempre puesto el seguro. Supe entonces que la muerte estaba a la distancia del pequeño gesto de un dedo. Después extrajo el cargador, lo guardó todo en la funda y se llevó la pistola a su cuarto, muy rápido, quizá arrepentido.



Uno de aquellos fines de semana, tendría yo once años, mi abuelo me hizo una pregunta que me desconcertó. Yo leía. En cierto momento me di cuenta de que me miraba desde el comedor. Alcé la vista de las páginas, lo miré. Y mi abuelo, que siempre callaba, me hizo una pregunta muy rara:

—¿Te interesa la política?

Me encogí de hombros. ¿Qué pregunta era esa? Nunca nadie me había hablado así en casa, en ningún sitio. ¿Qué era exactamente «la política»? ¿Por qué me preguntaba eso? ¿Qué quería? No dije nada, o quizá solamente dije:

—No sé.

La política le había llevado a él a una guerra. Hoy

entiendo qué quería. Se había metido en una guerra treinta y cinco años atrás, y aquella guerra lo había arrastrado hasta allí, hasta un pisito con un nieto que lee. Mi abuelo había sido analfabeto hasta la guerra. Para mi abuelo, una persona que lee es una persona que sabe, una persona digna de ser escuchada. Y yo leía.

Aquel día no dije nada. No insistió. Quizá se arrepintió de haber intentado hablar de política, de la guerra, de Franco, de José Antonio, de la Falange, nunca lo sabré, de las noticias del «parte», de aquellos telediarios que veíamos juntos en blanco y negro, de los que yo no entendía nada: veía a señores muy circunspectos y grises, ministros de Franco sabiéndose filmados. Yo no sabía nada. Y ante uno de esos «partes», un día, apareció en pantalla el rostro de un hombre que aún recuerdo bien. Y mi abuelo dijo:

—Ése es mi amigo.

Un hombre de su misma edad. Lo vi, y recuerdo que pensé que se parecían. En la forma de la cabeza, el peinado, los pliegues de las mejillas, los ojos claros y chispeantes, ojillos pequeños azules, ojos de mirar, saber y callar, ojos de suspiro y silencio.

—Luis Rosales. De Granada, poeta. Es mi amigo.

¿Amigo de qué?, ¿amigo de cuándo?, ¿amigo de dónde? No pregunté. Era un señor académico de la Lengua que salía en el telediario. ¿Qué podía tener en común con mi abuelito? No pregunté qué tenía mi abuelo con él, ni él tampoco añadió nada más.

Pero un par de horas después, antes de retirarnos a dormir, mi abuelo sí dijo otra cosa.

Estábamos los dos a solas en el minúsculo comedor.

En un pisito aluminósico, a principios de los años setenta.

Yo tenía once años. Leía.

Mi abuelo tenía sesenta y cinco años, y me miraba.

No hablábamos. Y aquella noche dijo una frase.

No le encontré sentido, pues mencionó un nombre que yo no podía relacionar en nada con aquel hombre que era mi abuelo, un nombre para mí tan distante y marmóreo como un busto de Calderón, Cervantes, Bécquer o cualquier otro muerto ilustre de mi manual escolar de Literatura.

Y por eso estoy escribiendo esta novela, porque mi abuelo dijo:

—Yo pude salvar a Lorca.